



Mendelssohn en el tejado



JIRÍ WEIL

Traducción del checo a cargo de

Diana Bass

Prólogo de

Philip Roth



IMPEDIMENTA



Título original: *Na střeše je Mendelssohn*

Primera edición en Impedimenta: abril de 2016

Na střeše je Mendelssohn, 1960

© Jiří Weil - heir c/o DILIA

Copyright de la traducción © Diana Bass, 2016

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2016

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.



MINISTERSTVO
KULTURY



CENTRO CHECO

ČESKÉ CENTRUM

Este libro ha contado con una ayuda a la traducción del Ministerio de Cultura de la República Checa.

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Cristina Martínez

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-16542-34-5

Depósito Legal: M-10730-2016

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Impresión de la sobrecubierta: Artes Gráficas Frampa

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Cuando Zeus supo de todos los crímenes y las injusticias cometidos por la humanidad, de las matanzas, los falsos juramentos, los engaños, los robos y los incestos, decidió exterminar cualquier forma de vida de la faz de la tierra. Hubo erupciones volcánicas que barrieron las moradas de los hombres, diluvios que inundaron cada rincón de la tierra, pesadas nubes que sembraron la muerte por doquier, hasta que, en el mundo, solo quedaron Deucalión y Pirra, su esposa. Zeus les indultó porque eran justos. Se establecieron en el monte Parnaso, en la región de Focea. Después, las nubes mortíferas por fin se disiparon, el sol volvió a brillar y el cielo se tornó azul. Sin embargo, Deucalión y Pirra lloraron su soledad en medio de los solitarios páramos. Erigieron un altar a Temis, diosa de la Justicia, y le pidieron que les enseñara cómo hacer revivir al género humano, pues ellos eran viejos y ya no podían repoblar el mundo. La diosa les aconsejó que cubrieran sus rostros y arrojaran piedras a su espalda. Obedecieron la orden y, entonces, cuando las piedras se hicieron añicos en el duro suelo, el ser humano volvió a nacer.

I

Antonín Bečvář y Josef Stankovský se encontraban en el tejado, caminando entre las estatuas. La tarea no era peligrosa, puesto que dichas estatuas se alzaban sobre una balaustrada y, además, la terraza no tenía inclinación alguna; era casi completamente plana. Julius Schlesinger, funcionario municipal y aspirante a las SS —no a la élite de las SS, tan solo a soldado raso, sin graduación alguna—, no se atrevía a salir a la azotea. Si su rango hubiera sido mayor, no habría tenido que perder su tiempo en cosas como esta. Tal vez incluso podría haber conseguido un cargo más lucrativo en la Gestapo, pero al menos su empleo en el ayuntamiento le permitía vivir con cierta holgura. Además, ¿a qué puesto hubiera podido aspirar si en realidad solo era un simple cerrajero? Pero si le hubieran ascendido, también podrían haberle mandado directamente a combatir al frente oriental, algo que no le hubiera gustado en absoluto. Hasta el momento, le había ido bien en el ayuntamiento; solo a partir de entonces comenzarían sus pesares.

No quiso salir a la azotea. Los empleados municipales se reían maliciosamente a las espaldas de semejante cobarde, que temía pasar de la puerta y se limitaba a darles órdenes a voz en grito. Eso sí, con los alemanes había que andarse con sumo cuidado: habían encarcelado o deportado a muchas personas al Reich por menos. Puede que tal vez precisamente por no haber obedecido una orden de inmediato.

Schlesinger era de la ciudad de Most —en la región de los Sudetes—, cuyos habitantes hablaban el idioma de sus vecinos checos, y durante un tiempo estuvo trabajando en la fábrica de los Ringhoffer. Antes incluso de que se estableciera el Protectorado, los nazis ya le habían encomendado una tarea. Su misión resultó ser tan delicada —llegó a hacerse pasar por socialdemócrata alemán para infiltrarse entre los obreros— que tenía que reconocer que pensó que recibiría una recompensa mayor por sus servicios. Sin embargo, solo consiguió que le dieran un puesto de funcionario municipal, eterno aspirante a las SS. Y la culpa la tenía su nombre. De haberse llamado Dvorzacek o Nemetschek, todo habría sido diferente. Cientos de personas salen adelante con nombres semejantes sin tropezar con ningún obstáculo. Sin embargo, el apellido Schlesinger, y además precedido del nombre Julius, tenía toda la pinta de ser judío, y despertaba desconfianza entre la gente allá por donde iba. Él llevaba siempre consigo sus certificados de raza aria, cuya pureza se remontaba hasta su bisabuelo y su bisabuela, pero aquello no dejaba de resultar sospechoso, y los documentos también se podían falsificar. ¿No había falsificado él mismo los papeles que había presentado ante el responsable del Gobierno de Most para conseguir trabajar en la fábrica de los Ringhoffer?

Pero nadie podría obligarle a salir a la azotea. Le daban casi tanto miedo las alturas como el castigo divino que, siendo como era un católico devoto, llevaba un tiempo esperando,

pues era consciente de que había cometido una profanación que debería haber evitado por todos los medios. Quizá podría haberlo conseguido. Tendría que haber puesto la excusa de una enfermedad, aunque tampoco eso le hubiera servido de nada: como represalia por haberse negado a obedecerles le habrían mandado al frente, tal vez a un pelotón de castigo. Krug, que a su vez había recibido instrucciones de Giesse, ya le había advertido que la orden de deshacerse de los restos mortales del Soldado Desconocido venía directamente de Frank. No quedaba más remedio que obedecer. Además, en realidad él era cerrajero. No podían haber encontrado otro candidato mejor para semejante tarea.

En la azotea el asunto era bien distinto. Esta vez se trataba de una estatua, de una estatua judía. Y derribando la estatua de un judío, para colmo compositor, no se cometía ningún pecado. Una imagen no puede acudir a presentar una queja ante el trono celestial. Aunque un buen conocedor de los caminos de Dios sabe que incluso una estatua puede ser el brazo ejecutor de un castigo divino. Él mismo había visto una vez una ópera cuyo argumento era precisamente ese. Sin embargo, ¿podría recibir dicho castigo a plena luz del día? Vivimos una época extraña, las leyes hasta ahora conocidas no rigen ya en nuestros días, el día puede convertirse en noche en cualquier momento y, para una falta tan grave, no existe absolucón. Que hubiera tenido que echar mano de tenazas, destornilladores y cizallas para llevar a cabo su misión era algo intolerable. Semejante pecado resulta imperdonable, salvo que uno peregrine hasta Roma y consiga a fuerza de ruegos el indulto del papa, cosa que era bastante frecuente en tiempos pretéritos. Y ¿qué les parecería algo así al bellaco de Krug, que era su superior, o al doctor Buch, confidente de la Gestapo? Hasta le habían obligado a firmar unos papeles en los que declaraba que, so pena

de muerte, no le revelaría nada del asunto a nadie, ni siquiera a su propia familia... Tampoco podía estar seguro de que, si se confesaba, el sacerdote guardara el secreto de confesión y no le delatará: ¡la Gestapo tiene agentes infiltrados incluso entre los curas! Aunque sus tentáculos no alcanzan al papa. La cuestión era cómo llegar hasta el sumo pontífice. Con todo, si no padecía su castigo antes de obtener la absolución, todavía estaba a tiempo de encontrar algún pretexto. Más tarde, ya nada le serviría de ayuda, y tendría que arder en el infierno por toda la eternidad.

Los empleados deambulaban con desgana a lo largo de la balaustrada, arrastrando tras de sí una gruesa soga con un lazo en el extremo. Había muchas estatuas y cada una representaba a un músico. Miraron abajo, hacia la calle, que estaba desierta. Era día laborable, y todo el mundo se encontraba en su lugar de trabajo y, como además se habían clausurado las universidades, solo se veía de vez en cuando a algún transeúnte colándose en el Museo de Artes y Oficios. A la gente no le gustaba andar por esta zona, tan próxima al cuartel de las SS y a las oficinas judías a un tiempo; lo consideraban territorio alemán. Caminar con una soga por el tejado en busca de una estatua... ¡Vaya una estupidez! Únicamente a esos teutones, con su consabido afán de perfeccionismo, se les podía haber ocurrido algo así. Ni siquiera sabe si solo dos hombres serán capaces de mover una estatua tan grande. Schlesinger no había querido implicar a más gente para que no se corriera la voz. Aquellos dos le habían prometido guardar silencio... ¡Menuda bobada, como si la gente no fuera a notar que faltaba una estatua! Pero con estos nuevos amos era imposible razonar.

¿A qué viene perder el tiempo de esa forma en el tejado? ¿Por qué Schlesinger no pasa de la puerta de una vez y les indica qué hay que hacer y cómo?

—Señor jefe, ya podemos empezar. Solo necesitamos que nos indique dónde está la estatua. Si puede, señálela con el dedo. —Bečvář ya no aguantaba más.

A Schlesinger no le gustó nada que le llamara «señor jefe». Esta clase de gente ni siquiera sabe cómo dirigirse a sus superiores, no ha aprendido disciplina, nadie les obligó a participar en las marchas militares como hicieron con él. De lo único que se ocupan es de sus chanchullos y de cultivar verduras en sus huertos. Les habló con severidad:

—Recorred de nuevo la balaustrada y fijaos en todos los pedestales hasta que encontréis el nombre de Mendelssohn. Al menos sabéis leer, ¿no?

—¿Cómo ha dicho que se llama ese judío? —preguntó Stankovský mientras se sujetaba la gorra para que no se le volara con el viento. Su gorra, que daba fe de su cargo en el ayuntamiento, era su mayor orgullo, pues la consideraba un distintivo de su rango. En tiempos de la República aquello aún tenía cierto valor. Un empleado municipal no era un cualquiera, ya que trabajar en el ayuntamiento le daba derecho a recibir una pensión tras la jubilación. Pero, ahora, con estos alemanes, ya no se sabe. Aun así, su gorra era su gorra.

—Men-del-ssohn —silabeó Schlesinger.

—¡Ah, vale! —exclamó Bečvář.

Recorrieron despacio la balaustrada mientras iban mirando los pedestales. Hacía ya un buen rato que habían comprobado que allí no había inscripción alguna, pero si Schlesinger quería que dieran vueltas, por qué no darle esa satisfacción.

Bečvář anunció:

—Jefe, no encontramos ninguna inscripción en los pedestales, ¿cómo podemos reconocer a ese tal Mendelssohn?

¡Menudo lío! Nadie le había explicado cómo era la estatua de ese judío. Y, aunque se lo hubieran explicado, no habría

servido de nada: todas las estatuas se parecían entre sí. Los monumentos suelen llevar inscripciones grabadas en los pedestales, y él había confiado en esa idea. No podía ni quería preguntar a nadie. Solo el protector interino del Reich debía de saber qué aspecto tenía la estatua de Mendelssohn. Pero no Frank, y, mucho menos, Giesse o Krug. Heydrich, que es músico, ha de saberlo. Sin embargo, ¿quién tendría la osadía de ir a preguntárselo?

Schlesinger observaba las estatuas desde la puerta mientras su cabeza discurría febrilmente. Aunque se obligara a subir al tejado, tampoco él habría podido distinguir al judío entre todas aquellas efigies. Y los otros dos estaban ahí, tranquilamente, esperando a que él les diera instrucciones. Seguro que se estaban riendo de él, pero trataban de disimularlo. Permanecían de pie totalmente impasibles, con gesto inexpresivo. No había duda de que estaban pensando: «Si hay que esperar, pues a esperar se ha dicho». Les traía sin cuidado. En cambio él, Schlesinger, tenía que cumplir con su cometido. La orden provenía directamente del protector interino del Reich, que era aún más severo que Frank. Y, además, todo el mundo sabía ya lo que implica desobedecer una orden. Krug le explicó, antes de la incursión en el Ayuntamiento de la Ciudad Vieja, que en retaguardia se regían por las mismas leyes que en el frente. En un país como aquel, en el que todos los que mandan estaban autorizados a aplicar las leyes del Reich a los *infrahumanos*, el frente estaba en todas partes. Y precisamente en aquel territorio regía la ley marcial: desobedecer una orden implicaba la muerte, aunque dicha orden resultara del todo incomprensible.

—¡Pues vaya! —dijo Bečvář.

—Esta cuerda no parece lo bastante fuerte... Se podría romper. Deberíamos haberla probado antes, pero, claro, como siempre vamos con prisas... —rezongó Stankovský. Aún le

hubiera gustado añadir: «Y ahora estamos aquí, perdiendo el tiempo», pero cambió de parecer. Schlesinger, cada vez más furioso, se devanaba los sesos. Estos teutones estaban todos locos. Se acercaba el mediodía y, si no terminaban antes de una hora, el comedor cerraría y ellos se quedarían sin almuerzo. Finalmente, a Schlesinger se le ocurrió una idea:

—Haced otra ronda y fijaos bien en la nariz de las estatuas. La que tenga la nariz más grande es la del judío.

Schlesinger había asistido a un curso llamado «Cosmovisión» en el que les habían dado una conferencia sobre «ciencia racial». Allí les mostraron unas diapositivas con imágenes de unas narices junto a las cuales aparecían sus medidas exactas. Habían medido cada una minuciosamente. Se trataba de una ciencia rigurosa y compleja, pero los datos que proporcionaba eran bien sencillos. De ella se desprendía que los judíos eran los propietarios de las narices más grandes.

Los empleados volvieron a recorrer la azotea. ¡Menuda estupidez tener que buscar ahora la estatua con la nariz más grande! Bečvář sacó un metro plegable de madera que llevaba siempre consigo. Antes de conseguir su puesto en el ayuntamiento, había aprendido carpintería y cuando salía del trabajo se sacaba unos ingresos extra fabricando conejeras. De eso se podía vivir bien, pues la gente se las quitaba de las manos: la cría de conejos se había puesto de moda.

—¡Déjate de tonterías! —le espetó Stankovský al tiempo que lo empujaba hacia un lado—. Si nos ponemos a medir narices, nos retrasaremos aún más. Lo importante es que no nos quedemos sin el almuerzo. Al fin y al cabo, se puede distinguir a simple vista cuál tiene la nariz más grande, ¿no?

—¡Fíjate! —exclamó Bečvář—. ¡Esa que lleva una boina...! Ninguna de las demás tiene semejante nariz. Venga, Pepík, échale el lazo al cuello.

—¡Estupendo! —convino Stankovský—. Allá vamos.

Tiraron de la soga y la estatua comenzó a deslizarse de lo alto de la balaustrada. Schlesinger vigilaba desde la puerta.

Y, de pronto, gritó:

—¡Dios mío, parad inmediatamente! ¡Os digo que paréis!

Bečvář y Stankovský dejaron de tirar de la soga de golpe. Ya está ese maldito teutón tocándonos las narices otra vez. ¡Que venga él mismo a comprobar si es la estatua que tiene la nariz más grande...! ¡A ver si se atreve a pasar de la puerta...!

Schlesinger estaba empapado en sudor. No sabía a quiénes representaban el resto de las estatuas; ninguna, salvo esta. Era ni más ni menos que la de Wagner, el mayor compositor alemán de todos los tiempos. Y no se trataba de un simple músico, sino de aquel cuyas ideas se habían convertido en uno de los pilares sobre los que se había fundado el Tercer Reich. Su imagen, ya fuera en forma de retratos ya fuera a modo de estatuilla de yeso, decoraba los salones de todos los hogares alemanes.

Los empleados soltaron la cuerda sin saber qué hacer. El lazo se mecía colgando del cuello de Richard Wagner.

Schlesinger permanecía en silencio, sumido en sus pensamientos.

—¿De veras la nariz de esa estatua era la mayor de todas?

—Claro, señor jefe —dijo Bečvář—. Las demás tienen una nariz bastante normal.

—¡Recoged las herramientas! Volvemos al ayuntamiento.

Bečvář y Stankovský retiraron el lazo del cuello de Wagner y se dirigieron lentamente hacia la puerta.

Schlesinger, sin molestarse siquiera en dirigirles una mirada, descendió por la escalinata. Conque así fue como la estatua consiguió infligirle su castigo. La venganza se produjo de una forma distinta a la de aquella ópera, pero también fue

llevada a cabo por una estatua. Es más, se perpetró a plena luz del día.

Aunque su pecado mortal había sido cometido al amparo de la oscuridad. Eran las diez de la noche, de hecho, cuando llegaron al Ayuntamiento de la Ciudad Vieja. En el coche iban también dos miembros de la Gestapo. Le habían pedido que llevara consigo tenazas, destornilladores, limas, cizallas y radiales. El vehículo entró en el patio. Accedieron al edificio por la puerta de servicio. Allí les esperaba Krug. Los de la Gestapo, que debían de estar borrachos, se reían a carcajadas, pero, aun así, eran capaces de dominar su estado de embriaguez y comportarse con cierta discreción. Y él, con sus utensilios, trastabillaba en medio de los dos, como si también estuviera bebido, a pesar de no haber probado ni gota y de que tampoco había probado bocado desde que Krug le había mandado llamar. Tras ponerle al corriente de su misión, este le ordenó firmar la consabida declaración. Entraron en la capilla. Los agentes de la Gestapo le metían prisa, le exhortaban sin dejar de repetirle, de forma mecánica y con voz sibilante, aquellas palabras que había escuchado ya tantas veces: «*Los, los, schnell, schnell*». Quitaron primero las coronas que estaban sobre el ataúd. Como para eso no le necesitaban, se encargaron ellos mismos de hacerlo. Además, ya tenían preparada una caja. Mientras tanto no dejaban de gesticular y, a la luz amortiguada y pálida de las bombillas que iluminaban la cripta, sus rostros parecían demoníacos. Sí, propios de diablos sin nombre, uno a su izquierda y otro a su derecha, con voces que parecían salir de un gramófono. Ahora le tocaba el turno a él. Desatornilló la tapa del ataúd, arrancó los adornos metálicos y partió el féretro con la ayuda de una cizalla. Después hizo varios rollos con la chapa. Trabajaba de forma mecánica. Finalmente sacó del ataúd la urna de madera en la que se encontraban los

huesos del Soldado Desconocido y lo llevó todo al coche. Los agentes, sin embargo, no le ayudaron. En el patio le esperaba Krug, mirando la hora en un reloj de esfera reluciente como los que les dan a los oficiales en el frente.

—Son las dos —dijo—. Un trabajo impecable... y rápido. Le propondré para que sea condecorado con la Cruz de Hierro de segundo grado. Presentaré un informe al señor Pfitzner, el alcalde mayor.

Schlesinger no respondió. Y continuó arrastrando la carga. Que pensarán que estaba cansado, que pensarán lo que quisieran... Se subieron al vehículo sin pronunciar palabra y le hicieron sentarse en el asiento de atrás, entre los dos miembros de la Gestapo; la carga la depositaron al lado del conductor. Atravesaron una ciudad muerta, sombría, y llegaron al otro lado del río cruzando un puente. El río, paradójicamente, rebosaba vida: solo allí, gracias al resplandor que emanaba de sus aguas en medio del oscuro vacío, se podía distinguir algo. No tenía ni idea de adónde se dirigían. Al principio pensó que irían directamente a la calle Bredovská, donde la Gestapo se haría cargo de los restos. Pero la limusina negra corría a toda velocidad hacia algún lugar bastante más alejado. Él iba recitando sus oraciones en voz baja. Los agentes dormían. Tras cruzar un segundo puente, Schlesinger reconoció el lugar: Rokoska. ¿Pretenderían llevar esta carga por la carretera de Rumburk hasta el Reich? O tal vez quisieran ir a Panenské Břežany para que el propio Heydrich verificase el contenido de la urna de madera... Ni una cosa ni la otra, pues giraron a la izquierda, bordeando la explanada de Troja. El conductor debía de haber recibido instrucciones precisas. El vehículo se detuvo justo al lado del río. Los agentes se despertaron y, tambaleándose, salieron junto a él del coche. El chófer sacó entonces de debajo del asiento un bolsón enorme. Los agentes

comenzaron a recoger piedras y le ordenaron sigilosamente que hiciera lo propio. Todo se llevó a cabo en un completo silencio y bajo la tenebrosa luz azulada de las linternas. Cogieron la caja de madera, la chapa y las piedras y las metieron en el saco. A continuación, tomaron impulso y lo lanzaron al río. Solo entonces uno de los agentes rompió el silencio:

—¡Listo!

Le devolvieron al mismo lugar en el que le habían recogido: la plaza de la Ciudad Vieja, cerca de su piso en un edificio nuevo de la avenida Dlouhá. Así es como terminó la noche de su pecado mortal.

Y ahora un espectro se vengaba de él... Ahora entraba en escena la estatua del músico judío para castigarle por haber ayudado a hacer desaparecer los restos mortales del Soldado Desconocido. Desde aquella noche vivía en un estado de terror permanente, recordaba continuamente el horrible e impío crimen y la profanación que había cometido... Pero ¿habría podido obrar de otro modo?, ¿habría podido zafarse, cuando Krug le amenazaba y aquellos dos de la Gestapo vigilaban cada paso que daba?

«Desobedecer una orden significa la muerte.» Eso le había dicho Krug aquella vez y, mientras durase la guerra, esa regla seguiría vigente, y puede que aún después de que esta terminase.

No tenía sentido atormentarse por los remordimientos. Sin pronunciar palabra, entregó las llaves de la azotea al conserje, que, como era de esperar, no se arriesgó a hacer ninguna pregunta.

Salió a la calle. Los empleados no se atrevieron a salir al mismo tiempo que él, aunque le seguían, pegados a sus talones como si celebraran su desdicha. Parecía como si estuvieran deseando ver cómo se lo llevaban en un coche negro a la calle Bredovská.

—¿Qué quieren? —dijo con los nervios a flor de piel.

—Bueno... Nada, señor jefe —habló Bečvář suavemente—. Solo que, bueno... Es que tal vez nosotros podríamos irnos a comer, como lo de la estatua está parado por ahora... Y, después, volvemos, claro está, por si hubiera que hacer algo más...

—¡Lárguense de aquí! —gritó Schlesinger—. Ya les buscaré cuando los necesite. Aunque sea en mitad del almuerzo.

Los ayudantes se dirigieron hacia el comedor, pero Schlesinger entró al ayuntamiento.

—¡Pues vaya! —dijo Bečvář.

—Ese teutón chiflado... Y, encima, otra vez patatas con salsa para comer... —se quejó Stankovský.

Schlesinger ni siquiera había preguntado si Krug estaba en su despacho.

Krug se encontraba sentado ante su escritorio y, sin siquiera levantarse, refunfuñó algo a modo de saludo. Pero, por su gesto, Schlesinger advirtió que algo no iba bien. Krug es astuto, no se le escapa ni una, y siempre está al tanto de todo.

—Bueno, ¿entonces? —preguntó con voz dura Krug—. ¿Ha cumplido ya con la orden? Giesse ha llamado para preguntar.

—No —respondió Schlesinger en voz baja.

—¿Cómo que no? —vociferó Krug—. ¿Es que esos dos golfos no han sido capaces de hacer un trabajo tan tonto? ¡Hoy mismo les mando a trabajos forzados! Se llenan la panza aquí, en el Protectorado, y no sirven ni siquiera para derribar una simple estatua. Tendría que haberles ayudado usted o haberles metido en cintura. Ha sido una negligencia por su parte. Así solo va a conseguir la Cruz de Hierro en el frente.

Schlesinger estaba en posición de firmes pero temblaba de miedo. Balbuceó con dificultad:

—Los nombres de las estatuas no están inscritos en ningún lado, así que no he podido reconocer a ese judío.

Krug le espetó un insulto grosero. Y luego dejó de hablar. Ambos permanecían en silencio: Schlesinger, con los brazos pegados a los costados del cuerpo en posición de firmes, y Krug, sentado en su escritorio con las piernas cruzadas.

¡Jesús, María y José! Si Krug no ha ordenado que se lo lleven enseguida, puede que hasta se libre de esta. Hubiera bastado con que marcara un número, dijera una clave y, al momento, ya habrían venido a por él. Sin embargo, Krug seguía callado. Él también estaba en un brete. Era más que evidente: Krug responde ante Giesse; Giesse, ante Frank; y Frank, ante Heydrich y, si no se cumple la orden, Heydrich y Frank ordenarán que los detengan a todos. Quizá dejen en libertad a Giesse con algún castigo menor, ya que Heydrich lo necesita, pero seguro que Krug no se libra de esta. No le servirán de ayuda ni sus méritos contraídos antes de la guerra ni su participación en la campaña de Polonia.

Finalmente, Krug dijo con suavidad:

—La orden debe cumplirse. El general no admite ninguna excusa —empleó adrede el rango militar de Heydrich para recalcar la importancia de la misión—. Y, ahora, ¿qué piensa hacer?

Schlesinger se devanaba los sesos. Tenía que idear algo rápidamente, inventar alguna solución transitoria para ganar tiempo. Pero no se le ocurría nada. ¿Tal vez preguntarle a Giesse cuando volviera a llamar por teléfono? No, eso supondría reconocer que la orden no se había cumplido y, además, Giesse no les podría aconsejar, puesto que, al igual que ellos, no tendría ni idea de cómo era la estatua: el único que lo sabía era Heydrich. Krug empezará a gritar de nuevo en cualquier momento. Estará aterrorizado, como yo, y querrá salvarse a

cualquier precio. Tiene el teléfono a su alcance, encima de la mesa: un segundo más y levantará el auricular.

—Se me ocurre —propuso Schlesinger— que tal vez deberíamos buscar ayuda en el cuartel de las SS. Está cerca del Rudolfinum, y allí sabrán dónde encontrar a un experto. Tenemos una orden directa del protector interino del Reich, conque están obligados a atender nuestra petición.

Krug reflexionaba. Schlesinger es un completo idiota, pero, a decir verdad, lo que dice no parece tan mala idea. Sería más provechoso recurrir directamente a la Gestapo, donde cuentan con todo tipo de expertos, algunos de ellos hasta músicos. Pero involucrar a la Gestapo en cualquier asunto siempre supone un riesgo. Enviarían un informe al Protectorado y, antes de que la estatua hubiera sido retirada, Heydrich ya estaría al tanto de la torpeza de Krug. Y, entonces, ya no habría modo de huir de un castigo seguro, puesto que Heydrich carece de misericordia. Por el contrario, en el cuartel general de las SS no le darán tantas vueltas al asunto. Están habituados a ejecutar órdenes sin preguntar por qué ni para qué. No harán preguntas al Protectorado; les bastará saber que Krug es un SS-ScharFührer, y Schlesinger, un SS-Anwärter.¹

—Inténtelo... —convino afablemente—. Y luego envíeme un informe.

Sonó el teléfono. «Giesse», pensó Schlesinger.

Krug contestó:

—Todavía no, pero se hará hoy mismo, sin falta... Una ligera demora por dificultades técnicas... Claro, entiendo que la orden viene de arriba. Y se cumplirá, descuide usted... —Krug

1. SS-ScharFührer y SS-Anwärter son rangos de las SS que se corresponden con sargento primero y con recluta respectivamente. (*Todas las notas son de la traductora.*)

colgó el auricular y, hecho una furia, ordenó a Schlesinger—: ¡Y lárguese de aquí inmediatamente! No quiero volver a verle hasta que esa estatua haya sido retirada. ¿Ha quedado claro?

Schlesinger juntó los talones y se despidió con el saludo reglamentario. Krug ni se molestó en devolvérselo.